

# *Los días de la República. El 11 de febrero*

*Pere Gabriel*

Universitat Autònoma de Barcelona

## **Un calendario republicano bajo la monarquía**

Los años que siguieron al golpe de mano del general Pavía iban a ser claves para el establecimiento de unas simbologías específicas republicanas y populares que pretendían ser alternativas a las del mundo oficial de la Restauración y, muy destacadamente, combativas en relación a la iconografía y al calendario católicos. Ciertamente, en períodos anteriores, especialmente en la etapa del Sexenio, ya se habían producido repetidos y diversos intentos en esta dirección. De todas formas, fue a partir de 1875 cuando la rememoración se convirtió en un conjunto articulado de fechas y conmemoraciones, con el que de alguna forma el mundo republicano pretendía ordenar y construir un cuerpo simbólico e iconográfico propio. En sus características más esenciales, el ahora codificado cuerpo simbólico republicano iba a estar activo a lo largo del tiempo, al menos hasta los años de la Primera Guerra Mundial, cuando el estallido de un nuevo gran mito y una nueva gran simbología —los de la revolución rusa— alteraron los viejos discursos y las viejas imágenes.

Este cuerpo simbólico articulado contó, además, con unas pautas de ritualización. No se trató sólo de recordar y fijar las características de determinados personajes míticos o de determinadas rebeliones ejemplares. Se fijaron cadencias y calendarios. También, formas y ornatos. La pretensión no era sino la obtención de una sacralización alternativa a la católica y conservadora, y, en ocasiones, alternativa

también a la retórica oficial, por aquel entonces también en plena fase de codificación. Se trataba de intentar, ahora, la «codificación» de una historia determinada y la «ritualización» de unos actos, instrumentos conscientes de movilización y aleccionamiento de los sectores populares.

¿Qué días? ¿Qué aniversarios? En la cadencia anual destacaban tres fechas, con un valor y una aceptación general importantes, aunque no siempre vistas de la misma forma, y no siendo todas ellas estrictamente aniversarios de hechos republicanos: el 11 de febrero, el de 1873, cuando las Cortes españolas proclamaron la República; el 14 de julio de 1789, el de la toma de la Bastilla en París; el 29 de septiembre, que en 1868 había abierto las puertas a constitucionalidades no borbónicas. Pero hubo muchos más «días republicanos». Tuvo una especial importancia la denuncia del 3 de enero de 1874 y, en el caso catalán, el recuerdo del 11 de enero, cuando quebró al fin en Sarrià la resistencia de grupos republicanos contra el secuestro militar de la República practicada por el general Pavía. Durante bastante tiempo, además, se impulsaron, allí donde hubo ocasión y también de forma muy especial en Cataluña, las celebraciones de los actos de defensa y resistencia frente a los ejércitos carlistas en la última guerra de 1872-1875. Eran unos días un poco como sucedía con el 29 de septiembre, donde los republicanos encontraban el cobijo liberal dinástico, y podían compartir visibilidades políticas legales. Con un carácter más definido y de militancia republicana federal, a menudo se intentaban también fechas como las de las sublevaciones de septiembre-octubre de 1869. Incluso, aunque bastante menos, las de abril de 1870, la de octubre de 1872 de El Ferrol y la del 12 de julio de 1873, cuando se inició el cantón de Cartagena. La izquierda del republicanismo no tenía tampoco ningún reparo en aceptar el 18 de marzo de 1871, el día de la proclamación de la Comuna parisina, ni tampoco, a partir de 1890, el 1 de mayo. Sin olvidar el martirologio republicano, el más reciente, con un especial recuerdo para los fusilados de Santa Coloma de Farners de 1884.

Se trata, en principio y en apariencia, de un listado poco homogéneo y, además, sin una clara jerarquización. Las persecuciones, prohibiciones y controles gubernativos explican en gran medida estas ambigüedades. La inestabilidad dificultó sin duda un cumplimiento regular y exacto del calendario y marcó las actividades conmemorativas

al menos en dos direcciones: el uso partidista de unas u otras fechas, en defensa de los postulados de tal o cual facción, ocasión para la afirmación de la coyuntura política del momento, sin lograr generar unos cánones compartidos y aceptados por todos los diversos grupos y tendencias republicanas; y asimismo, una reiterada confusión entre días republicanos y días liberales. Hubo, en cualquier caso, una voluntad de conmemoración, tanto por lo que las celebraciones podían tener de ocasión para la propaganda y la actividad política, como porque podían significar —significaban de hecho— aquella ritualización, llena de contenidos simbólicos, que ya he mencionado. La reivindicación de la propia historia —si se quiere, de una predefinida versión codificada de la misma— actuaba como un elemento identitario, conscientemente buscado. En el caso que nos ocupa tenía también una derivación no menos importante: la discusión y los intentos de encontrar una alternativa al imaginario nacional español más oficial que se estaba imponiendo desde la centralidad conservadora.

La reelaboración de una historia popular podía, en bastantes casos sin excesivos problemas, incorporar nuevos mitos no estrictamente republicanos. Por ejemplo, en el caso del federalismo catalán, el catalanismo y, más en general, el obrerismo. Algunas de las piezas maestras en las que se fundamentaba la construcción de aquella historia simbólica de voluntad popular eran la creencia en la inexorabilidad de la lucha progresiva de los pueblos hacia la libertad, junto con el anticlericalismo y la lucha contra el oscurantismo y la Iglesia, temas uno y otro que fácilmente se entretrejan con formulaciones de corte y ritual masónico. Había también la mitificación de una lucha más específicamente republicana llena de episodios relevantes, de hombres de acción y, cada vez más, de hombres sabios. El obrerismo, que estaba logrando una progresiva independencia respecto de la lucha republicana, resultaba ser al mismo tiempo más activo e influyente dentro de aquel populismo ochocentista.

No debe extrañar esta voluntad conmemorativa. De hecho no era sino un fenómeno más de la configuración de la sociedad burguesa, en España y Europa, al compás de la primera gran construcción y ornamento del Estado liberal burgués. Para España, el gran modelo inmediato era Francia. Allí precisamente, y en aquellos momentos, se estaba creando el imaginario de la Tercera República. Primero fueron la conversión de *La Marsellesa* en himno oficial y la fijación

del 14 de julio como fiesta nacional en 1879-1880. Vino luego la construcción de los grandes monumentos conmemorativos de la Revolución Francesa en París y en todas las capitales de provincias. También, los honores rendidos a los grandes hombres y, muy en especial, la glorificación de Víctor Hugo, con su gran entierro en París, o el recuerdo de Gambetta. El peso de Francia no debería, sin embargo, hacernos olvidar la presencia, en estos temas y en muchos otros, de la imagen italiana. Una imagen que recordaba la República Romana de 1848 y la lucha de Italia contra el poder político del Papa, y que glorificaba Garibaldi y Mazzini. Además, quizás con menor conocimiento del día a día, algunos, los federales, gustaban de mirar asimismo hacia Suiza y Estados Unidos.

Los días republicanos no eran simples anotaciones de almanaque. Implicaban actos, decoraciones de locales, músicas, banderas y estandartes, discursos, lecturas de poesías, representaciones teatrales, marchas y procesiones; en definitiva, formas determinadas de espectáculo. Era importante la memorialística y para ello se apelaba, a la vez, a múltiples y variados instrumentos: la versión literaria (narración, poesía o teatro), la música, el espectáculo, el baile y el canto, e incluso la gastronomía o el carnaval. Así, las maneras de celebración iban también hacia la codificación de un ritual y una iconografía simbólica reconocible y prefijada. Los escenarios y espacios de estas conmemoraciones eran múltiples: 1) la prensa, con sus crónicas y, en ocasiones, números extraordinarios, artículos de historia apolo-gética, recuerdos martiroológicos, etc.; 2) los propios locales del partido y centros afines, cuyos salones se engalanaban y, de manera muy alabada, incluían iluminaciones eléctricas y guarniciones con banderas y colgaduras exteriores; eso sí, en ocasiones se reservaban, con mayor capacidad y apertura a la población en general, teatros y espacios amplios de espectáculo; 3) los banquetes, té y pequeños refrigerios se celebraban o bien en los propios centros o bien en restaurantes reservados; 4) las calles y las plazas, ocupadas en las procesiones que se autodenominaban cívicas y las manifestaciones, o en los recibimientos y serenatas dedicadas a los jefes más conocidos.

Una pieza fundamental de cualquier celebración era la música. Las músicas, en un vasto campo que incluye tanto el canto y los coros como la búsqueda de unos himnos identificadores, jalonaban y «ordenaban» las celebraciones. Sin duda, el uso de La Marsellesa, como principal y unitario himno articulador del abanico republicano

y obrero, acostumbraba a marcar el inicio y el final; ineludible en las marchas; tocada por las bandas y, en ocasiones, cantada por la sociedad coral asistente. Estaba, de todas maneras, acompañada por diversas canciones que a menudo actuaron como repetidos y ritualizados himnos, en especial, en Cataluña, algunas de las composiciones de mayor éxito de Clavé (*Los Néts dels Almogàvers, Gloria a España, La Flor de Maig, Els Pescadors, La Maquinista*, etc.). Antes de 1900, sólo en contadas ocasiones se deslizaba el Himno de Riego. Había, en cambio, en especial en las veladas caracterizadas como literario-musicales, el canto de múltiples arias o trozos populares de óperas y zarzuelas.

Por su parte, estaban las banderas y los estandartes. Aparte de constituir, las banderas, un símbolo de fiesta, eran importantes como signos de identidad. Al lado de la española y en ocasiones —tampoco de forma generalizada— la tricolor, así como la cuatribarrada en Cataluña, se situaban, con una gran importancia, las banderas de los centros y las sociedades y, en los ámbitos federales, las banderas de la República Federal, que acostumbraba a ser simplemente una tela de un único color —morado, rojo en ocasiones, incluso azul— que en el centro lucía bordadas en seda las letras «RF». A menudo, llevaban acumulada una historia recordada y comentada: una había participado en el levantamiento de octubre de 1869, la otra fue bordada en 1868, aquella de más allá la había donado tal o cual personaje, aquella otra la había ofrecido tal sociedad foránea cuando visitó el lugar, etc. El espectáculo contaba además con la poesía y la representación teatral. Al margen de su mayor o menor valor literario, se trataba a menudo de una poesía histórica de corte romántico y de voluntad épica, que se combinaba con múltiples rimas de lamento social y costumbrista. Las piezas dramáticas alternaban con las satíricas, con textos que se querían cortos de autores jóvenes y, sólo en alguna ocasión, textos de ambición y autor consagrado. Estaban además, claro está, los discursos, los brindis y las conferencias. Hay que tener en cuenta que en aquellos momentos la palabra pronunciada y la retórica tenían de por sí —incluso al margen del contenido del discurso— un alto valor político y de espectáculo. Existía en el mundo republicano un verdadero culto a la palabra. Sin duda, «hablar bien» era un valor especialmente apreciado entre los sectores populares. De algún modo, los republicanos —y los grupos obreros de izquierda— pretendían emular y superar también en este ámbito a la Iglesia católica.

La ocupación de la calle era la forma que tenían los republicanos de afirmar y hacer visible una presencia pública. Constituía, por encima de cualquier reivindicación más o menos concreta o genérica (la República), una demostración. En cuanto a las procesiones, deberemos referirnos especialmente a dos de los mecanismos que iban a tener una mayor continuidad: el ritual de los recibimientos a los principales políticos venidos de la capital del Estado, siempre quejosos y reivindicativos, junto con los entierros de grandes personajes, con un carácter más doctrinal y genérico. Es importante señalar, para terminar, que las celebraciones tuvieron en múltiples ocasiones un carácter masivo, de masas, abierto a la calle, con un sentido, como he ido advirtiendo, espectacular. Se trataba de buscar la movilización y la capilaridad social de una actuación política. Y en este sentido desmentían las críticas —magnificadas por determinada historiografía— de los jóvenes Lerroux o Blasco Ibáñez de principios de siglo, que pretendieron, ellos, inaugurar el combate y acusaron, injusta e interesadamente, a sus mayores de practicar simples retóricas encerradas en sí mismas.

## El 11 de febrero

No fue fácil la celebración del 11 de febrero. En 1874 ya tuvo un carácter más bien clandestino, y apareció explícitamente prohibida por los primeros gobiernos del nuevo régimen a partir de 1875. De todas formas, como en otras situaciones parecidas, las revistas y escritos satíricos eran una fuente de sobreentendidos. En *Lo Nunci*, revista satírica en catalán que apareció en Barcelona en 1877-1878, una poesía titulada «*Ja no's fa*» («Ya no se hace»), de Frederic Soler, inserta en el número del 17 de febrero de 1878, rezaba: «(...) *Allò de que, sense llei, / Firmava un home: —Jo lo rei / I senyor i sobirà, / Dominant sempre absolut, / Posant mordassa a tothom, / Podia a tothom robar l' / Honra, hisenda, vida i nom, / Sols amb un ceptre a la ma... / Ja no es fa. (...) Reis, tirans e inquisidors, / Bisbes i feudals senyors, / Que en lo clot vos podriu ja: / Del saber la viva llum / Il.lumina l'univers; / De sí l'home és sobirà (...)*»<sup>1</sup>. No eran sólo los versos. Otra fórmula se situaba en el dibujo caricaturesco, siempre de forma indirecta

<sup>1</sup> En este texto y en todos los que reproduzco del catalán he mantenido la versión publicada en su momento; eso sí, he corregido la ortografía. Una traducción

y muy elíptica, o bien en el recuerdo de la fecha en el almanaque y el diario, eso sí, sin explicitar qué régimen se proclamó en 1873. En *La Gaceta de Barcelona* del 11 de febrero de 1877 se comentaba literalmente: «... hoy notemos los aniversarios; ya los celebraremos».

Fueron, en cualquier caso, especialmente influyentes las referencias incluidas en el teatro más popular. En 1876 Manuel Fernández Caballero, el futuro autor de zarzuelas de gran éxito como *El dúo de la africana* (1893), *Gigantes y cabezudos* (1898), etc., puso música a un libreto de Miguel Ramos Carrión titulado *La Marsellesa*, en la que los amores cruzados de Rouget de l'Isle y un descamisado respecto de una hija de un barón se entremezclaban con episodios de la Revolución Francesa y la época del Terror. La obra se estrenó en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. Al margen del contenido más o menos satírico del texto, aquella zarzuela de tres actos contaba con una partitura llena de referencias y fragmentos del himno revolucionario francés. Se representó también mucho en Barcelona, usualmente en julio, alrededor del 14, y en febrero, alrededor del día 11, al menos en 1876, 1877 y 1878. Por otro lado, en 1877 empezó el ciclo de otra zarzuela en tres actos de resonancias republicanas, ésta en catalán, *Lo Cant de la Marsellesa*. La letra era de Narcís Campany y Joan Molas, la música de Nicolau Manent, y la escenografía de Francesc Soler y Rovirosa, todos ellos importantes nombres de la música y el teatro catalanes. El éxito también fue alto, con representaciones repetidas al menos en 1878 y 1879, y asimismo en 1885<sup>2</sup>. No se trataba de un hecho anecdótico y la popularización

---

literal al castellano podría ser: «Aquello de que, sin ley, / Firmaba un hombre: —Yo el rey / Y señor y soberano, / Dominante siempre absoluto, / Poniendo mordaza a todos, / Podía a todos robar / La honra, hacienda, vida y nombre, / Sólo con un cetro en la mano... / Ya no se hace (...) / Reyes, tiranos e inquisidores, / Obispos y feudales señores, / Que en el agujero os pudrís ya: / Del saber la viva luz / Ilumina el universo; / De sí, el hombre es soberano (...)».

<sup>2</sup> Cfr., para el éxito de la presentación en Barcelona de *La Marsellesa* en julio de 1876, *Almanaque del Diario de Barcelona para 1877*, pp. 130 y 132; el éxito fue tal que incluso se estrenó una parodia de la misma, *El Marsellés*, que también usaba el himno revolucionario a modo de *leitmotiv*. Para 1877 y 1878, cfr. *La Correspondencia de Barcelona*, 1 de agosto de 1877 y 15 de julio de 1878; también *La Imprenta*, Barcelona, 1 de agosto de 1877. Se representaba en el Teatro Español, en la temporada de verano, a cargo de la Sociedad Nilsson. En la información del 15 de julio de 1878 se comentaba: «*La Marsellesa*, el popular canto de Rouget de l'Isle, mereció los honores de la repetición. Era natural; ciertos acentos hallarán siempre eco en todos los corazones nobles». Para *Lo Cant de la Marsellesa*, su pre-

del himno francés provocó acerbas críticas de la derecha católica, por ejemplo en 1879, cuando tanto *La Patria* como el *Diario de Barcelona* denunciaron aquella música como himno faccioso, que traía recuerdos sanguinarios. Quizás porque algunos transeúntes la silbaban y la cantaban al pasar delante del retrato de Alfonso XII, plantado en la plaza de San Jaime de Barcelona, en ocasión de la visita del monarca a la ciudad<sup>3</sup>.

La situación política de 1879, a punto de firmarse la Paz de Zanjón y a las puertas del nuevo gobierno que presidiría el general Martínez Campos, permitió unas primeras celebraciones más o menos públicas del 11 de febrero. Así, el domingo día 9 de febrero hubo una reunión de los castelarininos barceloneses en el Teatro Circo para nombrar el comité del partido. A su vez, en Madrid se celebró un banquete el día 11, con brindis destacados de Estanislau Figueras —que formuló su propuesta de «unión democrática»— y Rafael M. Labra; Pi i Margall, alegando motivos de salud, no asistió. Enviaron felicitaciones a los franceses Jules Grevy y León Gambetta y salutations a Manuel Ruiz Zorrilla y Nicolás Salmerón, que permanecían en el exilio, en París<sup>4</sup>.

Paradójicamente, las reiteradas prohibiciones y el amordazamiento de la prensa convirtieron en más amenazante una desconocida, invisible y, por ello, magnificada fuerza popular del republicanismo. De ahí la sonada y resistente prohibición de celebrar ningún tipo de banquete o reunión, incluso privado, dictada por Francisco Romero Robledo, ministro de la Gobernación de Cánovas del Castillo, en enero y principios de febrero de 1881. La circular de Romero Robledo

---

sentación en 1877 en *Almanaque del Diario de Barcelona para 1878*, y PI I MARGALL, F., y PI I ARSUAGA, F.: *Historia de España en el siglo XIX*, t. VII (Segunda Parte), Barcelona, Miguel Seguí, 1902, p. 1685, donde se señala que su argumento se sitúa en la época de la Primera República francesa y que la música tenía «fluidez y carácter popular belicoso, particularmente en los coros, que son generalmente muy originales, siendo uno de ellos una parafrasis de *La Marsellesa*»; además se hacía constar que la «zarzuela tuvo muchísimo éxito y se repetían algunas piezas». Su representación en el Teatro del Prado Catalán, en *La Correspondencia de Barcelona*, 27 de febrero de 1879. La reposición de 1885 en el Teatro Tívoli, en *Almanaque del Diario de Barcelona para 1886*, p. 85.

<sup>3</sup> Cfr. *La Marsellesa*, Barcelona, 22 de diciembre de 1879. Este periódico satírico federal, que adoptó justamente el nombre del himno revolucionario, reprodujo, el 1 de enero de 1880, la letra francesa, no sin hacer constar que no podía hacerlo con la letra en catalán «*per moltes causes*» («por muchas causas»).

<sup>4</sup> Cfr. *La Correspondencia de Barcelona*, 12 y 14 de febrero de 1879.

y el apoyo que le dio Cánovas se convirtió en una de las anécdotas que precipitaron, por primera vez bajo la Restauración, la caída de un gobierno conservador. Ante el 11 de febrero de 1881, los republicanos se sintieron lo suficientemente fuertes como para denunciar que la prohibición no podía remitirse a ningún precepto legal válido. Al final la cuestión de los banquetes resultaría ya superflua, en cuanto se supo que el rey había decidido llamar a Sagasta. Una de las primeras medidas del nuevo gabinete fue el levantamiento de la prohibición a los banquetes, así como el indulto a la prensa, además de prometer una ley de amnistía para los emigrados políticos. En esta situación se efectuaron múltiples conmemoraciones del 11 de febrero, con serenatas, banquetes y reuniones, aunque también en muchos casos las fiestas se aplazaron «para no poner en dificultades» al nuevo gobierno<sup>5</sup>.

¿Cuál era el significado dado en aquellos primeros tiempos al 11 de febrero? Me parece más una bandera de los progresistas y republicanos de la benevolencia que no de Pi y de los federales piistas. En el debate abierto a partir de 1875, y en un primer momento, usaron mucho más aquella fecha los primeros que no los segundos y, en todo caso, unos y otros practicaron lecturas distintas de la efemérides. Así, frente a la respuesta que Pi dio al manifiesto de París firmado por Ruiz Zorrilla y Salmerón el 25 de agosto de 1876, los amigos de Figueras lanzaron la hoja titulada «El 11 de febrero», en la que se afirmaba por primera vez la consigna figuerista de la «unión democrática» y la aceptación de Ruiz Zorrilla como republicano. Por su parte, el manifiesto electoral de Castelar y los posibilistas ante las elecciones de abril de 1879 no dudaba en reclamar como antecedente positivo tanto el 11 de febrero de 1873 como el 2 de enero de 1874, es decir, la República surgida del voto de los zorrillistas y republicanos, y la República de orden que había puesto coto al cantonalismo que él mismo, Castelar, había presidido. De algún modo, el 11 de febrero daba legitimidad a la conversión republicana de los radicales y ponía en primer plano la reivindicación de las libertades políticas fundamentales y de la República, al margen de su posible definición federal y socialmente democrática y popular, como pretendía Pi i Margall.

---

<sup>5</sup> Una buena descripción de la situación en PI I MARGALL, F., y PI I ARSUAGA, F.: *Historia de España del siglo XIX*, vol. VI, 1902, pp. 179 ss.

Un ejemplo de todo ello puede provenir de los posibilistas catalanes. En 1881 *La Campana de Gracia* decía:

«No és l'aniversari de cap bullanga, de cap batalla, de cap revolució, de cap violència; sinó el triomf pacífic de les idees democràtiques per la força d'elles mateixes i la virtut de les circumstàncies (...). És més: lo triomf de la política sensata, prudent, pacífica; però perseverant, patriòtica i enèrgica. L'energia no està en los crits, no està en la passió, no està en lo trastorn... La primera condició de l'energia és la serenitat. Tant de bo que tothom hagués comprès llavors aquestes veritats. No hauríem anat tant de pressa a perdre les nostres conquestes; no ens hauríem jugat en menys d'un any les quatre cartes que per mantenir lo joc de les institucions, tenia llavors nostre partit (...)»<sup>6</sup>.

Las cuatro cartas no eran, claro está, sino los cuatro presidentes de la República de 1873, Figueras, Pi i Margall, Salmerón y Castelar, cuyos retratos grabados llenaban la primera página de aquel número conmemorativo.

Figueras fue uno de los que aplazó la celebración del 11 de febrero, pero es importante la descripción precisa de los actos celebrados para la ocasión, porque permiten acercarnos a una primera ritualización conmemorativa de aquel día republicano<sup>7</sup>. La fórmula fue la del banquete ofrecido al tribuno republicano en el Teatro Tívoli, organizado para el día 15, martes, por la noche. Asistieron unos seiscientos comensales. La mesa presidencial se colocó frente a la orquesta y, perpendicularmente, se situaron otras dos que cruzaban a lo largo toda la platea. Al final, cerrando el cuadro, había una cuarta mesa. La prensa tenía la suya propia en el escenario. En los palcos circulares se instalaron más mesas. La ornamentación

<sup>6</sup> Cfr. «L'Onze de Febrer», en *La Campana de Gracia*, Barcelona, 13 de febrero de 1881, p. 1. La traducción castellana podría ser: «No es el aniversario de ningún tumulto, ninguna batalla, ninguna revolución, ninguna violencia, sino el triunfo pacífico de las ideas democráticas por la fuerza de ellas mismas y la virtud de las circunstancias (...). Es más: el triunfo de la política sensata, prudente, pacífica; pero perseverante, patriótica y enérgica. La energía no está en los gritos, no está en la pasión, no está en el trastorno. La primera condición de la energía es la serenidad. Ojalá que todos hubiesen comprendido entonces estas verdades. No hubiésemos ido tan deprisa en perder nuestras conquistas; no nos habríamos jugado en menos de un año las cuatro cartas que para mantener el juego de las instituciones, tenía entonces nuestro partido...».

<sup>7</sup> Baso mi análisis en las crónicas de la prensa barcelonesa, los diarios *El Diluvio*, *La Correspondencia Catalana* y *La Publicidad*, así como las revistas satíricas *Lo Nunci* y *La Campana de Gracia*.

se quería sencilla. De las columnas colgaban banderas nacionales, francesas, norteamericanas, italianas, suizas e inglesas y en los rose-tones figuraban los nombres de demócratas conocidos ya fallecidos: García López, Cámara, Orense, Rivero, Terradas, Fernández de los Ríos, Coello, Ordax, Guillén y Salmerón (Francisco, el hermano mayor de Nicolás); también Clavé y Nouvilas. Del centro del techo colgaba un escudo de Cataluña: un gran estandarte rojo con una cruz roja sobre fondo blanco (la llamada Cruz de San Jorge). Los comensales se sentaron hacia las siete de la noche y el acto terminó a las nueve y media. A partir de las ocho se dejó al público, unas 1.500 personas que llenaban los jardines, entrar y ocupar las galerías. Los reunidos eran, según el vocabulario de la época, demócratas de todos los matices (aunque mayoritariamente se trataba de progresistas zorri-llistas y federales afectos a las tesis figueristas). Hubo delegaciones de los pueblos: Granollers, Martorell, Rubí, Mataró, Figueres, Tarragona, y también del Poble Nou (Sant Martí de Provençals). Se leyeron los inevitables telegramas de adhesión y los reunidos enviaron a su vez telegramas a Pi, Ruiz Zorrilla y Salmerón (no consta que lo hicieran a Castelar); también a los franceses Jules Grevy y Gambetta. El plato fuerte debían ser las palabras de Figueras. Efectivamente, éste pronunció un largo discurso, esperado como tal. Terminó con una serie de brindis, que constituyeron una pieza básica del acto. La retórica de los mismos fue especialmente reveladora. Figueras brindó por «todos los demócratas dispuestos a contribuir a la emancipación de nuestra patria y el triunfo de las ideas democráticas»; «por todos los que estaban en la emigración y por los que dentro de la patria trabajaban, dentro de la boca del lobo»; «por los que están en altos lugares y por los obreros humildes, que sin ninguna recompensa, ni esperar que su nombre sobreviva, saben dar la existencia por la libertad y por la patria»; «por los que aún purgan errores hijos de la buena fe o de la exuberancia de patriotismo en los presidios de África, sin que nadie se cuide de recoger una firma pidiendo su indulto»; y, finalmente, por la «juventud democrática». Terminó diciendo: «Si alguna vez me he sentido desalentado, ahora tengo absoluta confianza de que se aproximan los tiempos de conquistar todas las libertades, pudiendo decir desde Cataluña, que ha sido siempre su baluarte, lo que dijo Pelayo: “Tengo fe, creo en la reconquista; aún hay patria, Veremundo”». La celebración fue rematada al día siguiente. A las seis de la mañana fueron lanzadas

desde la cumbre de Sant Pere Màrtir, cerca de Sarriá, dos palomas mensajeras a Madrid, llevando en pequeños papeles los brindis que había hecho en el banquete Estanislao Figueras. Se calculaba que invertirían entre seis y ocho horas en el viaje<sup>8</sup>.

Las conmemoraciones del republicanismo benevolente y de derechas servían, invariablemente, para reivindicar la República pacífica y de orden y rechazar el desorden. Se trataba de un acto siempre de autojustificación<sup>9</sup>, aunque los avatares políticos, y en especial los gobiernos más represivos de Cánovas y los conservadores, daban lugar a una reanimación de las celebraciones más militantes del 11 de febrero.

Llegados a 1884, una parte de los republicanos seguía las pautas marcadas por *El Globo* y Castelar, quien —según *La Campana de Gracia*— había dicho: «*Més val tornar a les urnes que a les barricades; més val comptarse que rompre's la crisma*» («Más vale volver a las urnas que a las barricadas; más vale contarse que romperse la crisma»). Ahora bien, la defensa de una democracia pacífica tenía sus límites. La vuelta al poder de Cánovas inauguraba una nueva etapa de represión y los republicanos debían advertir que trabajarían dentro de la ley si no se les expulsaba. La celebración del día era justamente un ejemplo. Tres años antes, el gobierno de Cánovas había dirigido la famosa circular prohibiendo los banquetes y las reuniones conmemorativas. La presión y la reacción que se produjo no se sabía adonde podría haber llegado, pero la caída de aquel gabinete permitió la celebración pacífica, sin desórdenes y «sin daño para los poderes constituidos». Después, en la etapa liberal, las celebraciones habían sido más o menos entusiastas, pero siempre circunspectas y respetuosas con la legalidad. Había vuelto Cánovas y de nuevo prohibía las celebraciones en virtud de una «estúpida» teoría sobre los partidos legales e ilegales. Podía prohibir las reuniones, pero no evitaría «que lo que fue, fue». La diatriba iba acompañada de una apelación a la unidad de todos los demócratas y los republicanos. Terminaba contundente: «*No anirem a la fonda; pero la casa de cada republicà —i n'hi ha molts a Espanya!— serà un santuari de la idea. Com los antics cristians de l'època de les persecucions, privats de culte públic, adorarem lo que estimem dintre de casa. Los nostres fills, los nostres*

<sup>8</sup> Cfr. *La Correspondencia Catalana*, Barcelona, 16 de febrero de 1881.

<sup>9</sup> Cfr. «Dos aniversaris», en *La Campana de Gracia*, Barcelona, 12 de febrero de 1882, p. 2.

parents, los nostres veïns coneixeran lo que fora de casa tal volta els passaria per alt. // Hi haurà banquetes i brindis en gran (...)»<sup>10</sup>. Según se dijo, hubo un gran entusiasmo conmemorativo en Barcelona. También en Madrid. Aquí, además, Castelar había recibido entre 14 y 15.000 tarjetas y otras tantas habían ido a parar al domicilio de Pi i Margall. Seguramente, fue entonces cuando se inauguró, en Madrid, la costumbre de librar tarjetas a los domicilios privados de los grandes prohombres del republicanismo. La consigna era clara: «Mentre governi Cánovas, los republicans aprofitarem tots els aniversaris que vingan presentant-se, tals com los de Torrijos, Riego, Maria (sic) Pineda, etc., per fer una manifestació per l'estil de la de l'onze de febrer»<sup>11</sup>.

A lo que parece, aquella celebración fue más generalizada que de costumbre<sup>12</sup>. Los banquetes, como se hacía constar, contaron con diecinueve asistentes y medio, para no superar los veinte reunidos que la legalidad permitía (el medio era algún demócrata dinástico «que no hi era tot» —que no estaba entero<sup>13</sup>—). Hubo reiterados llamamientos para la celebración de los posibilistas, y también tanto de progresistas como de los orgánicos y los piistas pactistas. Fue especialmente notoria la circular para celebrar un mitin el día 10 de febrero de 1884, que era domingo, organizado por personajes de Madrid y diversos periódicos (*El Porvenir*, *La Montaña*, *La Marsellesa*, *El Liberal*, *Motín*, *La República*, etc.), cuando el federal Luis Blanc (de *La Montaña*), junto con el progresista *El Porvenir*, acababan de lanzar la idea de ir a la reunión de una primera Asamblea de Prensa Republicana<sup>14</sup>. Los orgánicos y progresistas dedicaron artículos en sus periódicos y celebraron banquetes, más o menos reducidos,

<sup>10</sup> «No iremos a la fonda; pero la casa de cada republicano —y hay muchos en España!— será un santuario de la idea. Como los antiguos cristianos de la época de las persecuciones, privados de culto público, adoraremos lo que amamos dentro de casa. Nuestros hijos, nuestros parientes, nuestros vecinos, conocerán lo que fuera de casa quizás les pasaría por alto. Habrá banquetes y brindis a lo grande (...)».

<sup>11</sup> «Mientras gobierne Cánovas, los republicanos aprovecharemos todos los aniversarios que vengan presentándose, tales como los de Torrijos, Riego María (sic), Pineda, etc., para hacer una manifestación por el estilo de la del once de febrero».

<sup>12</sup> A pesar de que Mañé i Flaquer no era nada amante de los republicanos y no acostumbraba a comentar sus actuaciones, reflejó las celebraciones de banquetes en el *Almanaque del Diario de Barcelona para 1885*, pp. 30 y 64.

<sup>13</sup> Se trata de un juego de palabras. También significa «que no estaba en sus cabales».

<sup>14</sup> Cfr. *La Correspondencia Ibérica*, Barcelona, 28 de enero, 1 y 9 de febrero de 1884.

como el de la redacción de *La Correspondencia Ibérica*, de Barcelona, que no olvidaron mandar telegramas de adhesión a *El Porvenir* de Madrid. Los federales, como habían hecho ya anteriormente, usaron los comedores de domicilios particulares. Eugenio Litrán ofreció en su casa de Barcelona un *lunch* y se pronunciaron múltiples discursos y brindis. Se leyeron el programa y la constitución del Estado catalán aprobados el 2 de mayo de 1883. En la capital catalana, entre los numerosos banquetes de convocatoria «privada» destacó el celebrado en el Restaurante Martín, con la presencia de los dirigentes más conocidos de todas las familias republicanas. Por su parte, los correccionarios de Gràcia, Vallcarca, Sant Martí, Sant Andreu, Badalona, Horta y algunos de Barcelona se reunieron en la Fonda del Remedio, en la montaña del Coll<sup>15</sup>. Más allá de la conurbación barcelonesa hubo también actos y banquetes: en Martorell, en Terrassa (aquí con un cierto protagonismo pro zorrillista), Granollers, Vilanova i la Geltrú (como siempre, en el Garraf y el Penedès, un acto de claro dominio federal), etc. En la prensa republicana múltiples cartas explicaban las diversas reuniones en casas particulares que se celebraron aquellos días. En Gràcia hubo al menos once reuniones de este tipo, en Sant Martí de Provençals dos, en el Poble Nou al menos una, en Sant Gervasi tres, en Sarrià, Sant Joan d'Horta y Sant Andreu de Palomar otras tantas, en Rubí seis encuentros, en Sabadell, en Sant Feliu de Guíxols, etc. En Vic y en Olot se celebraron banquetes<sup>16</sup>.

Como vemos, a pesar de alguna que otra reticencia inicial, los federales también celebraron el 11 de febrero, aunque le dieron otro tono. Tendieron a poner en un primer plano, a su lado, hechos y fechas más militantes y, en general, sus actos aparecieron desparramados aquí y allá, bajo los auspicios de las más diversas entidades locales y profesionales. Usaron a menudo, como ya he consignado, espacios y locales particulares, pero no sólo en 1884. Ya en 1881 celebraron una amplia concentración en la casa —Mas Ferrer— que Joan Tutau tenía en las afueras de Figueres. Allí, en el atrio de la entrada, se reunieron unos 200 republicanos. Se leyó la carta que Pi hacía unos días había dirigido a los valencianos. Los dirigentes

<sup>15</sup> Cfr. PI I MARGALL, F., y PI I ARSUAGA, F.: *Historia de...*, op. cit., t. VI, 1902, p. 249.

<sup>16</sup> Información recogida fundamentalmente de *La Correspondencia Ibérica*, Barcelona, 9, 11, 12, 13, 15, 16 y 17 de febrero de 1884.

que hablaron —Sunyer i Capdevila, Almirall, Tutau, Bofill, Amat, Serra, etc.—, y dada la controversia del momento entre Pi y Figueras, pidieron el fin de la confusión y el «deslinde de campos». Los brindis lo fueron a «la memoria del repúblico, gloria y orgullo de la comarca, Abdón Terradas» y de Pi i Margall<sup>17</sup>. En Barcelona, según *La Publicidad*, hubo banquetes en el Restaurante de Francia y el de Martín, en el Hotel del Tibidabo, en el Parque de la Montaña, en Pedralbes, en la Fonda del Progreso, la del Porvenir, la del Siglo «y otros». También organizó un banquete el 19 de febrero de 1881 el Comité Federal de las Afueras, el cual, además, abrió una suscripción en beneficio de los desterrados a África<sup>18</sup>. Por su parte, en Madrid, con un carácter más abierto y mayores llamamientos a la concordia y la unión, hubo, organizado por Rubau-Donadeu, un banquete en la Fonda Barcelona, también con unos 200 comensales. Se leyeron allí telegramas de Ruiz Zorrilla, Figueras, Salmerón, Guisasola y Estévez. Una comisión fue a felicitar a Pi<sup>19</sup>.

En 1883, al cumplirse el décimo aniversario, los federales catalanes intentaron de manera especial marcar su posición, con voluntad de diferenciación y de afirmar la propia organización catalana —que no simplemente barcelonesa— del partido. De ahí que su acto más importante se reuniese en Vilanova i la Geltrú y que Vallès i Ribot fuese en su discurso muy beligerante contra la «unión democrática» que preconizaban los progresistas y los orgánicos. Los vallesistas, a punto de establecer en un congreso las bases de su organización como partido y su constitución federal catalana, se lanzaron de forma agresiva en defensa de la construcción federal y pactista del partido en toda España frente a las «nuevas sugerencias, nuevos amaños y arterías que quieren perturbar el partido». Hubo la correspondiente procesión cívica que partió del Tívoli vilanovés a las once de la mañana, «para recordar a los federales vilanoveses sacrificados en aras de nuestros principios», y, camino del cementerio, partieron unos 20.000 manifestantes, «convenientemente agrupados con tres músicas» que tocaron marchas fúnebres. Cerraba el cortejo un coche adornado con crespones negros y tres coronas (dos con siemprevivas, hiedra, roble y laurel, ofrecidas por el comité local; la tercera, con flores

<sup>17</sup> Cfr. *El Diluvio*, Barcelona, 12 y 13 de febrero de 1881.

<sup>18</sup> Cfr. el *Diari Còntala*, según recoge *La Correspondencia Catalana*, Barcelona, 20 de febrero de 1881

<sup>19</sup> Cfr. *El Diluvio*, Barcelona, 14 de febrero de 1881.

naturales —rosas, violetas y pensamientos—, costeada por *La Voz de Cataluña*). Detrás del coche iban el comité local, los parientes, la prensa, la corporación e invitados. Llegados al cementerio los asistentes eran ya unos 5.000. Se colocaron las coronas en la tumba del mártir Jaume Pi —muerto hacía trece años, en 1870— y hubo discursos de representantes del comité local, regional y el periódico (Vallés y Ribot). Un correligionario leyó la poesía *Homenatge i Record*. Al mediodía, a las dos de la tarde, se reunió el banquete con 500 comensales en el local muy espacioso del Tívoli: las mesas llenaban el escenario, la platea y algunos palcos, pero el resto del local y los jardines también estaban llenos de republicanos federales (unos 2.000) y «no había pocas elegantes y bellas vilanovesas, ocupando los palcos del primer piso». La decoración fue lujosa y llena de contenidos simbólicos. Pendían del techo preciosos quinqués y cestas de flores, «despidiendo todo raudales de perfumes y de luz». Las barandas de los pisos estaban cubiertas de «damasco carmesí sobre el cual se ostentaban grandes escudos de Estados Unidos, Suiza, Francia, Cataluña y otras regiones españolas». Entre estos escudos había «hermosos medallones adornados de siemprevivas, roble, laurel y palma, con los nombres de Orense, Cámara, Terradas, Figueras, Louis Blanc, Gambetta, Mazzini, Garibaldi, Oberdank y otros eminentes republicanos españoles y extranjeros que por desgracia no existen». También había dos medallones con los nombres de Pau Claris y Josep Moragas, «el héroe catalán de 1640 y uno de los héroes catalanes de 1706». En el centro de la baranda del primer piso ondeaba una «hermosa bandera tricolor» y, a su lado, estaba el «bello y rico pendón de la Sociedad Coral “La Unió Vilanovesa”». Además, según el cronista que estoy aquí parafraseando: «En el escenario, convertido en ameno jardín, se destacaba entre árboles y flores la figura de la República y a su pie se leía en grandes caracteres el nombre de D. Francisco Pi i Margall». Era en aquel espacio donde se sentaban los principales dirigentes y los representantes de la prensa. A destacar que al lado de periodistas federales —entre ellos los de *El Diluvio*— había también redactores de *La Renaixensa*, el órgano catalanista. La coral amenizó la comida: se cantaron obras de Clavé —*La Gratitude* y *Gloria a España*— y la orquesta tocó una sinfonía que uno de los discípulos de Clavé le había dedicado. Al final «entre vivas a la libertad a Vilanova y a Cataluña el coro cantó la versión catalana de *La Marsellesa* (que tanto conmueve y entusiasma a la vez a todo corazón republicano)».

Por otra parte, la hora avanzada a la que terminó el banquete obligó a suspender la velada político-literaria a realizar en el pueblo cercano de Sitges. Hubo, según se decía, en compensación, solaz y alegría en el resto de la jornada en la misma Vilanova i la Geltrú, con canciones en la fonda sita en la estación del Ferrocarril y en la calle, a la luz de numerosas antorchas. Una «nueva expansión que se tradujo en nuevos brindis y lectura de inspiradas poesías al destaparse el *champagne*. Entre los brindis destacó el de un canario que hizo votos por la fraternidad entre Europa y América, recitó en guanche y en castellano una dulce balada popular de su país natal»<sup>20</sup>.

La importancia del acto fue muy notable y se inscribió claramente en las reiteradas atenciones de los federales al recuerdo de los mártires populares de la República, más allá del simple liberalismo progresista, en especial en temas como los de las sublevaciones republicanas de 1869 y 1870 y la conmemoración de los «mártires de Sarriá» de enero de 1874. A subrayar, asimismo, que los federales catalanes daban una intencionada relevancia a la realidad simbólica variada del conjunto español, apostando de manera muy especial por la presencia, específica, de nombres y referencias de la historia catalanista.

Los federales —catalanes o no— no lograron alterar el debate abierto ya en 1876 por Figueras sobre la necesidad de la unión entre los diversos grupos y facciones republicanas. El unionismo —o al menos el coalicionismo electoral— tuvo cada vez más importancia y se instaló en la celebración del 11 de febrero, y más en general en la conmemoración de los Días de la República. En este sentido, en 1886, con la firma de la primera Coalición Republicana relativamente amplia, se inauguró una segunda etapa en la que los mismos federales se vieron completamente inmersos en el discurso y las argumentaciones unitaristas. La coyuntura favoreció aquel 11 de febrero de 1886 una verdadera avalancha de celebraciones conjuntas, espe-

---

<sup>20</sup> Cfr. *La Voz de Cataluña*, Barcelona, 18 de febrero de 1883. No hemos de incluir ahora la reseña de los significativos discursos pronunciados, que tendieron a insistir en la importancia obrera y popular de los federales y su defensa del papel de los obreros en las diversas grandes realizaciones de la civilización (desde el ferrocarril hasta los ejércitos de la libertad y la federación), la defensa de la paz, el carácter científico de la política democrática, la fraternidad entre los pueblos, etc. Hubo también cartas de todos los dirigentes importantes y conocidos del partido, que por motivos diversos no habían podido asistir a aquellas «fiestas federales». Entre los asistentes hubo una representación muy destacada de dirigentes obreros.

cialmente fuera de las grandes capitales. En Cataluña hubo actos unitarios de este tipo, con intervención de federales, progresistas y también posibilistas, en Portbou, Figueres (con 225 comensales), Olot, Blanes, Mataró, Granollers, Terrassa (300), Manresa, Reus (cien) y un largo etcétera. Fueron, en cambio, cada uno por su cuenta —aunque hicieran votos coalicionistas— en Barcelona. Por separado, los federales organizaron una velada política artística en el Teatro Ribas; los posibilistas, un banquete (relativamente caro: siete pesetas el cubierto). También organizaron banquetes exclusivos en Sant Feliu de Guíxols, Girona y Lleida (aquí con un centenar de cubiertos). La velada federal de Barcelona tuvo una derivación importante: el mensaje que mandó Pi iba a constituir un referente citado a menudo por los vallesistas para justificar la opción favorable de Pi a la lengua y la literatura catalanas, tanto frente a las acusaciones de *La Renaixensa* como frente a las opiniones contrarias de la izquierda federal al reconocimiento del catalán como lengua oficial del Centre Federal barcelonés<sup>21</sup>.

Las celebraciones eran regulares, especialmente en los centros federales de importancia, como el de Barcelona, que no desaprovechó la resonancia que dio a cualquier celebración barcelonesa la Exposición Universal de 1888. La evolución más permisiva del régimen y la propia fuerza que a lo largo de la década estaba logrando el federalismo republicano en Cataluña, abrió las puertas a algunas celebraciones con voluntad de gran impacto, con un acto central y masivo. Los federales de Barcelona pasaron a usar la conmemoración para salir a la calle y además marcar de forma simbólica su política. Véase si no lo sucedido en 1889, en pleno auge de la política de Vallès i Ribot (el vallesismo), que creyó en la posibilidad de influir ciertamente en el conjunto del partido en España. En lugar del consabido banquete, organizaron una manifestación el 10 de febrero, que era domingo. El Consejo Regional, es decir, el órgano máximo de dirección catalana del partido, organizó la concentración a las diez de la mañana en el Teatro-Circo Ecuestre de la Plaza de Cataluña. Luego abrieron la manifestación a posibilistas, orgánicos y progresistas<sup>22</sup>. Defendieron el establecimiento de una nueva coalición de republicanos, asentada sobre bases más firmes que la de 1886. Para

<sup>21</sup> Cfr. *El Federalista*, Barcelona, 10 de junio de 1888.

<sup>22</sup> Cfr. *El Federalista*, Barcelona, 8 y 15 de febrero de 1889; también *La República*, Madrid, 12 de diciembre de 1890.

ello encargaron a los federales de Madrid que en su nombre fueran a librar sendos ramos alegóricos a Pi i Margall y a Salmerón. En este caso hacían constar que se dirigían a él «en razón de su contribución a la coalición entre federales y progresistas en mal hora deshecha por no haberse organizado según las bases reclamadas por la razón y la justicia»<sup>23</sup>.

Quisieron, como en otras ocasiones, ampliar el alcance conmemorativo de aquel 11 de febrero. Se trataba de llevar coronas fúnebres dedicadas al primer presidente de la República, Estanislao Figueras; al primer presidente de las Cortes Constituyentes, Orense, y a los jefes catalanes del movimiento de 1869, Adolf Joaristi y Pere Caimó<sup>24</sup>. La voluntad de que fuera un acto importante se puso también de manifiesto en el llamamiento que hizo el Consejo Regional Federal de Cataluña para que todos los comités, centros y círculos republicano-federales de toda Cataluña asistieran corporativamente o mediante delegaciones con sus estandartes y banderas. Que animasen asimismo al resto de las entidades republicanas de sus poblaciones a ir a Barcelona. Que fuese una «demostración viva de la mayoría republicana contra la política claudicante». Que organizaran también actos propios en cada sitio y que no olvidasen recordar a los republicanos emigrados, presos, a sus mujeres y a sus hijos. En fin, recomendaban asimismo que se recogiera dinero y lo mandasen al tesorero de la Junta Benéfica del partido, que era el marqués de Santa Marta.

La manifestación debía partir del Circo Ecuestre, en la Plaza de Cataluña, a las diez de la mañana. Los diversos centros y comités se reunieron horas antes para ir, corporativamente, hacia dicha plaza. La manifestación fue, según afirmaron, «imponente y majestuosa». Hubo numerosas representaciones de los republicanos progresistas y varios republicanos orgánicos. Todo el itinerario estuvo lleno de espectadores: Rambla, Fernando, Plaza de la Constitución, Jaime I, Princesa, Comercio y Vilanova, hasta la Estación del Norte. Abría la marcha la bandera del Comité Federal de Barcelona. Seguía una carretela: sobre un paño de terciopelo encarnado con franjas y flecos dorados se habían fijado dos coronas de encinas y violetas dedicadas a Adolf Joaristi y Pere Caimó. En el asiento anterior un cartel rezaba: «A D. Adolfo Joarizti, jefe del movimiento de 1869». En la parte posterior de la capota otro decía: «A D. Pedro Caymó, defensor

<sup>23</sup> Cfr. *La República*, Madrid, 1 de marzo de 1889.

<sup>24</sup> Cfr. *El Federalista*, Barcelona, 8 de febrero de 1889.

de La Bisbal en 1869». Pendían de las coronas cuatro gasas llevadas por tres federales y un progresista. Detrás del carronato iba la banda de música y los diversos grupos de Sants, Sant Gervasi, Gràcia, Sant Martí y Badalona, todos ellos detrás de las respectivas banderas de sus comités y centros federales. Otra carretela abría un segundo bloque. Iba también adornada y llevaba un gran «ramo de flores enlazado con cintas de los colores nacionales, dedicado a D. Francisco Pi i Margall»; las cintas las sujetaban asimismo dirigentes federales y un progresista. Seguían las banderas del Comité Federal del Distrito de la Calle del Hospital y del Partido Progresista. La tercera carretela llevaba un ramo dedicado a Ruiz Zorrilla y un triángulo negro con letras doradas a la memoria de D. Nicolás M. Rivero; pendían también cuatro cintas que llevaban otros tantos dirigentes (siempre tres federales y un progresista). Seguían los grupos y banderas del Comité de la Segarra, del Distrito de Atarazanas, de Vilanova i la Geltrú, de la comarca del Vallès, de la Barceloneta. Una cuarta carretela era la dedicada a Nicolás Salmerón, con cuatro cintas que sujetaban dos federales, un salmeroniano y un progresista. Detrás, más grupos y banderas federales: las de los distritos del Instituto y la Universidad, de Terrassa, Lleida y Tarragona. Finalmente, la última carretela aparecía dedicada a Estanislao Figueras, con coronas y dos medallones, en los que se podía leer: «A D. J. M. Orense, primer presidente de las Cortes Constituyentes de 1873» y «A D. Estanislao Figueras, primer presidente de la República de 1873»; en esta ocasión, las gasas las sostenían un zorrillista, un republicano orgánico y dos federales. Presidía la manifestación Josep M. Vallés i Ribot, junto al presidente del Comité Federal de Barcelona y representantes del partido progresista y de los republicanos orgánicos. Cerraban la marcha el estandarte del Consejo Regional Federal y una banda. Había un servicio de orden. Los «ordenadores» de la comitiva llevaban como enseña especial una cinta carmesí en el brazo izquierdo con escarapela de los colores nacionales sobre la que brillaba una estrella dorada. Llegados a la Estación del Norte, y ante numerosos espectadores que llenaban de «bote en bote» la espaciosa plaza, pronunciaron discursos Salas Antón (corresponsal de Salmerón en Barcelona), Gabriel Claret (presidente de la Tertulia Demócrata-Progresista), Antoni Closas (presidente del Comité Federal de Barcelona) y Baldomer Lostau (ex diputado a Cortes y miembro del Consejo Regional). Lostau habló en lugar de Vallés i Ribot, que acababa de perder

a su mujer y estaba de luto. No deberíamos insistir hasta qué punto aquellos federales catalanes pretendían conscientemente asumir la retórica de la tradición insurreccional y de lucha revolucionaria del Sexenio, y se esforzaban en llenar de contenidos simbólicos y rituales una manifestación, preparada en sus mínimos detalles, masiva pero al mismo tiempo ordenada y con sentido del espectáculo. Sin olvidar su machacona voluntad de insertar la conmemoración barcelonesa en un contexto catalán de conjunto. Así, en Sant Feliu de Guíxols, el lunes por la tarde, justamente el día 11, se reunieron unos 4.000 republicanos de la población y la comarca para colocar en la tumba del cementerio la corona que los republicanos de Barcelona habían ofrecido a Pere Caimó.

Tras haber llegado a finales de los ochenta a las grandes manifestaciones y a una cierta ritualización, el 11 de febrero entró en una tercera etapa, ya a finales del siglo, cuando el fraccionamiento extremo del republicanismo y, pronto, además, los múltiples estados de excepción marcados por las guerras coloniales y las leyes de represión del terrorismo anarquista provocaron de nuevo un forzado repliegue de las celebraciones a los pequeños locales de los diversos grupos y tendencias, y también al recuerdo de los números extraordinarios de los diversos periódicos republicanos. El desmembramiento del movimiento se generalizó y fue ya imposible de ir a tres o cuatro grandes partidos, como algunos hubieran querido. En el ámbito federal tuvieron importantes consecuencias tanto el enfrentamiento de Pi i Margall y Vallés i Ribot con el marqués de Santa Marta acerca de la cuestión de los procedimientos y la confusión con el zorrillismo, como la paulatina pérdida de la batalla política ante el coalicionismo convertido en un insalvable muro que esterilizaba cualquier intento de definición programática y social. Se avanzó hacia la consolidación del progresismo salmeroniano en el espacio del centro republicano, pero no existió en pureza una estructura delimitada ni unas bases disciplinadas, sino que continuó en este sentido siendo un movimiento, con múltiples fronteras confusas. Por su lado, los últimos años de Ruiz Zorrilla, que murió como es sabido en 1895, favorecieron la desarticulación del zorrillismo cada vez más desgarrado entre una derecha progresista y el zorrillismo vocinglero y cuartelario. En fin, el mismo republicanismo de orden quedó desconcertado ante la renuncia de Castelar como referente del posibilismo. No debiera extrañar, por tanto, el creciente protagonismo del republicanismo

suelto que ahora se lanzó a la discusión directa de la disciplina y la construcción organizativa de partido.

Fue en este contexto que tuvo una gran importancia la aparición de una autoproclamada izquierda republicana que basó más su discurso en la oposición entre jóvenes y viejos que no en una delimitación y definición programática y social, como sí había intentado el federalismo piista. La aparición de una dinámica entre jóvenes y viejos fue especialmente intensa dentro del federalismo y estuvo acompañada de una generalizada oposición a los «jefes», a los cuales se acusaba de impedir una verdadera actuación «viril» y enérgica. Ello implicaba, lógicamente, frenar cualquier vertebración popular basada en la organización y la disciplina de partido. Es claro que una parte de esta izquierda joven estuvo en la base de fenómenos de gran calado como el blasquismo valenciano y el lerrouxismo catalán. Aunque debiéramos recordar que no todos los jóvenes adoptaron este camino y buena parte de los mismos se inclinaron hacia las posiciones más serenas y ortodoxas de sus mayores, especialmente en el caso del vallesismo, él mismo lleno de jóvenes dirigentes inclinados al entendimiento profundo con el catalanismo y la minimización de las argumentaciones de reivindicación obrera. En cualquier caso, a un lado y otro, de lo que se trató fue de encontrar caminos de relevo generacional y apertura de nuevos espacios profesionales y políticos.

En Cataluña este debate tuvo una especial intensidad y se tradujo en conmemoraciones —las de los jóvenes— que se querían propias y alternativas. Así, en el caso del pronto conocido como grupo de *La Avanzada*, con Ignasi Bo i Singla (que haría carrera periodística y se uniría a Solidaridad Catalana y al nacionalismo republicano), Cristóbal Litran (caracterizado librepensador y futuro hombre de confianza de Ferrer Guardia), Lluhí i Rissech (abogado, que iría al nacionalismo republicano después de pasar por la Lliga Regionalista), Josep Purtella i Vidal, etc., que pretendieron reclamar la tradición más combativa del republicanismo federal y se unieron a los «viejos», que habían sido desde siempre más hombres de milicia y combate que no teóricos o estrategias políticos, antiguos comandantes y capitanes de los Voluntarios de la República, los Guías de la Diputación o los Cuerpos Francos, como Francesc Suñer y Capdevila, Baldomer Lostau o Josep Roig Minguet y Lorenzo Ardid (médico, futuro lerrouxista), o bien obreros de incidencia sindical y cooperativa como Pere Viñas Renom (un pequeño industrial coo-

perativista) y Josep Viñas y Pagés o, en fin, agitadores vehementes como el funcionario municipal, abogado y futuro impresor Demetri Danyans. De todas formas, sus actos fueron siempre minoritarios: 140 comensales en su banquete de 1890 y sólo 70 en 1891.

El problema fue que esta juventud, quizás más vocinglera que no socialmente de izquierdas, pronto se vio abocada a la confusión y a la celebración conjunta con los otros grupos republicanos y, además, no podía hacer nada ante los pactos y entendimientos entre la izquierda «vieja» y el centro federal más ortodoxo. Así, significativamente, en 1892, pasada la agitación santamartista y de la coalición de prensa de 1889, los pesos pesados del federalismo catalán recuperaron las riendas y el principal acto del 11 de febrero y se reunieron en Vilafranca del Penedès, donde se visualizó la alianza de las diversas facciones del partido, representado allí por Isidro Rius, el hombre de la Federación Regional Agraria y de las comarcas vitivinícolas del Penedès, junto con Lostau y Miquel Laporta, un hombre joven vallesista.

En Madrid, el empuje del movimiento auspiciado por el marqués de Santa Marta usó justamente el 11 de febrero para reunir en 1890 la llamada Asamblea Nacional Republicana, que creó la Coalición Nacional Republicana, y los distintos banquetes locales de las fuerzas coalicionistas (recordemos: progresistas —zorrillistas o salmeronianos—, orgánicos, sueltos y federales santamartistas) lanzaron los consabidos telegramas de felicitación y saludo a la Asamblea<sup>25</sup>. Por su parte, los federales piistas hubieron de recordar entonces que la República llegó como un mal menor y que «no eran leales los que la trajeron». Celebraron (siguiendo la costumbre de los años anteriores) una velada la noche del mismo día 11 en el Teatro-Circo Rivas, con discursos de Pi, Moya, Blasco Ibáñez —llegado de Valencia—, Menéndez Pallarés, Pérez —en nombre de los aragoneses—, que acentuaron el discurso revolucionario, para empezar el del mismo Pi i Margall, que afirmó, rotundo, que llegar a la República por medio del sufragio era de todo punto imposible. Las juventudes, la noche del sábado anterior se habían ya reunido en el Café Oriente, con la presencia y las peroraciones destacadas de Pi, Pallarés y Blasco. La competencia respecto de los coalicionistas fue muy acusada y, junto con una amplia movilización en la capital (hablaron de unos

---

<sup>25</sup> Cfr. *La República*, Madrid, 11 de febrero de 1890 y siguientes.

8.000 federales reunidos en el Teatro-Circo y sus alrededores), hubo infinidad de actos celebrados a lo largo de la geografía federal española que, aparte de dedicar el consabido telegrama de adhesión a Pi, pretendieron ser una afirmación federal frente a Santa Marta.

Pi impuso en este tiempo, sin embargo, una arriesgada política de pactos, que al final no hizo sino agudizar la crisis de los federales. Por un lado, ya en 1891 y usando el 11 de febrero, Pi constataba la consolidación de los centralistas dentro del campo progresista, unos salmeronianos que parecían respetar la autonomía de los municipios y las regiones. ¿Qué debía hacer el partido federal? Él siempre había estado por los grandes partidos («por la fuerza que así llevan y porque limitan las ambiciones y dan a cada cual el lugar que le corresponde»), y sin negar los principios, parecía abrirse la puerta a la coincidencia en temas fundamentales (autonomía política, administrativa y económica de los municipios) y, por tanto, a la unión. A partir de ahí, podía quererse la inteligencia con los demás partidos republicanos. En segundo lugar, debía ser —frente a los santamartistas, los zorrillistas, los orgánicos y los sueltos— dejar de alardear de revolucionarios. Era necesaria la propaganda, la extensión del movimiento y la actuación revolucionaria de manera discreta. Él siempre había advertido que si en España las elecciones no provocaban ni un simple cambio de gabinete, ¿cómo iban a traer la República? Pero no debían ser los republicanos ni alocados ni demagogos. Las verdaderas revoluciones dependían menos de la voluntad de algunos hombres que del «curso de los acontecimientos»<sup>26</sup>. Esta doble argumentación, y en especial la confianza en Salmerón, marcarían así la actuación federal piista en los primeros años noventa, y no fue pequeña la confusión que llegó a bastantes organizaciones locales y provinciales del partido, evidentemente sin avanzar en ningún punto en esta hipotética unión con los salmeronianos.

## Epílogo novecentista: revitalización, derrota y olvido

A principios del siglo hubo una clara revitalización de los días republicanos. Movimientos como el lerrouxista y el blasquismo renovaron en ciertos sentidos las celebraciones y, de manera fundamental,

---

<sup>26</sup> Cfr. *La Avanzada*, Barcelona, 26 de febrero de 1891.

intentaron —en aquellos primeros años jóvenes de sus movimientos— la salida al exterior, a las calles y los espacios abiertos. Quisieron romper el carácter íntimo y privado, de rito sectario, que en algunos casos parecía haberse impuesto en los últimos años del siglo, eso sí, en una época de excepcionalidades y suspensiones de garantías. Volvieron, por tanto, al sentido original de las conmemoraciones, aquel que fundamentaba su carácter identitario no sólo en la ritualización interna e institucional de una determinada historia, sino también en su capacidad de movilización popular y de instrumento de visibilidad pública y política.

Las conmemoraciones de la Revolución de Septiembre y del 11 de febrero tuvieron a principios de siglo, en general, una mayor repercusión que las de los últimos noventa. Ahora bien, cada vez fue más claro el triunfo del liberalismo progresista dentro del conglomerado republicano y la derrota de las opciones más nítidamente democráticas que había representado el federalismo piemontés. En el discurso subyacente a las conmemoraciones, lo importante era ahora el «hecho» revolucionario y la «unión» de los republicanos, al margen de programas o definiciones ideológicas y sociales más precisas. Aquella nueva generación de dirigentes, especialmente Lerroux, hizo del izquierdismo retórico del discurso la base de la renovación del republicanismo ochocentista, pero no fue más allá del grito y el lenguaje, siempre dispuesto, además, al guiño responsable ante las instituciones y el orden social de base burguesa. De ahí que ahora la movilización callejera tendiese a difuminar el análisis sobre el significado complejo de aquellas fechas históricas.

En este sentido, fue especialmente significativa la celebración de la Setembrina de 1901, enmarcada en el espectacular aterrizaje de Lerroux en Barcelona. Ahora bien, respecto del 11 de febrero lerrouxista, el mejor ejemplo quizás sea el de 1903, en ocasión del trigésimo aniversario de la Primera República, también de Barcelona. En la vigilia del mismo, Lerroux lanzó, «en nombre de los republicanos modernos», «una idea contra la rutina». Proponía, para conmemorar el aniversario, «un medio mejor, más democrático, más popular, menos ñoño, menos rutinario, menos egoísta, de mayor novedad y eficacia para nuestro partido y nuestras ideas» que los tradicionales banquetes<sup>27</sup>. Se trataba de sustituir las celebraciones encerradas en

---

<sup>27</sup> Citado por CULLA, J. B.: *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Barcelona, Curial, 1986, p. 66; *La Publicidad*, Barcelona, 6-22 de febrero de 1903.

las paredes y los espacios limitados de los centros republicanos y convocar al pueblo a una «merienda democrática» a celebrar en algún lugar de las afueras de la ciudad, una especie de «romería liberal», a la que acudiesen, en un clima festivo, pacífico y de confraternización, familias enteras, que pudieran llevar sus propios bocadillos o comidas o que pudiesen adquirirlos en la cantina instalada al efecto por los dirigentes republicanos, los cuales destinarían los beneficios, si los hubiera, a finalidades benéficas. Lerroux a continuación, y a pesar de alguna reticencia de los viejos cuadros, lanzó una suscripción para allegar comestibles y pequeñas aportaciones económicas que fue un éxito. Al fin, el domingo día 15 de febrero, unas 45.000 personas se desparramaron por la montaña del Coll, y se inauguraron así aquellas «meriendas fraternales» que tanto iban a dar que hablar como principal manifestación de la capacidad de convocatoria popular del lerrouxismo barcelonés<sup>28</sup>. La celebración, mitad «aplec», mitad mitin, en el que se insistió una vez más en la idea de la unidad republicana y el «partido nuevo», como siempre sin más precisiones, vino a ratificar la relación entre los históricos dirigentes republicanos catalanes —como Palet de Rubí, Roca i Roca, Sanpere i Miquel, todos ellos no federales— y los jóvenes, entusiastas ya de Lerroux.

Pasada la fiebre revolucionarista de 1900-1903 y la agitación callejera antimaurista de 1907-1909, ¿cuál iba a ser el destino posterior de los días republicanos? Fue, sin duda, el de unas celebraciones, incluidas las de lerrouxistas y blasquistas, cada vez más cansinas, especialmente en el caso del 11 de febrero. De todas formas, se mantuvieron, al menos, hasta los años de la guerra mundial con cierta regularidad y los principales diarios republicanos le dedicaban invariablemente números extraordinarios. El 11 de febrero pasaba a recluirse en algunos artículos anuales de prensa, inevitablemente repetitivos, y en algunos actos internos de los centros republicanos —paradójicamente si se quiere, con mayor asiduidad en los centros de origen federal—, sin capacidad para ir a la movilización amplia y abierta y a la incidencia política.

<sup>28</sup> Aquellas reuniones dieron lugar a un sainete de éxito de RUSIÑOL, S.: *La «merienda» fraternal*, estrenado el 24 de agosto de 1907, en el que se pretendía banalizar aquella serie de concentraciones campestres y tranquilizar a las gentes de orden.

Un ejemplo de las celebraciones a las que aún daba lugar el 11 de febrero puede ser el caso de 1908, en el XXXV Aniversario, en Barcelona, cuando aún estaba activo el movimiento de Solidaritat Catalana. La Junta Municipal de Unión Republicana lanzó el obligado manifiesto, instando a la asistencia a una serie de mítines simultáneos que debían celebrarse a las 9,30 horas de la noche en ocho centros de distintos barrios. Se hacía constar:

«Sin quebrantar en lo más mínimo la Solidaridad Catalana y apoyando su programa con todas nuestras fuerzas, deseamos afirmar nuestro convencimiento de que sólo con la República tendrán cumplida realización los ideales de libertad y justicia que animan a cuantos deseamos la autonomía del individuo, del municipio y de la región bajo un Estado fuerte y progresivo»<sup>29</sup>.

Los mismos lerrouxistas, que tanto habían forzado la salida a la calle, ahora ya no escaparon del repliegue, y la celebración del 11 de febrero tendió a encerrarse en sus centros. Por ejemplo, en el de 1909, cuando, según el delegado gubernativo, en el importante Centro Radical Republicano del Distrito III de Barcelona hubo una velada literario-musical más bien modesta: «la primera parte, o sea la literaria, se redujo a algunas piezas de piano y bandurria, ejecutadas por individuos de la sociedad, lectura de poesías por algunos socios y otras recitadas por una niña de unos diez años, entre ellas hubo una dedicada a don Alejandro Lerroux»<sup>30</sup>.

Por su parte, los republicanos solidarios que ahora dominaban *La Campana de Gracia*, con nombres del nuevo movimiento nacionalista (Gabriel Alomar, Rovira i Virgili, etc.), no dejaban de recordar aquel día, pero en forma de lamento y olvido:

«*Què hem de dir avui que sobre aquella fetxa no haguem ja dit? // Si a alguna cosa ens convida el recort del 1873 es a la meditació y al estudi. // Res queda ja d'aquell fet inevitable y casual, erroniamment mirat per alguns com un aconteixement extraordinari*»<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> Cfr. *La Publicidad*, Barcelona, 11 de febrero de 1908, p. 3.

<sup>30</sup> Citado por CULLA, J. B.: *El republicanisme lerrouxista...*, op. cit., 1986, p. 111.

<sup>31</sup> Cfr. «Aniversari», en *La Campana de Gracia*, Barcelona, 13 de febrero de 1909, p. 1: «¿Qué hemos de decir hoy sobre aquella fecha que no hayamos ya dicho? Si a algo nos invita el recuerdo de 1873 es a la meditación y el estudio. Nada queda ya de aquel hecho inevitable y casual, erróneamente visto por algunos como un acontecimiento extraordinario».

La agitación de 1930-1931 fue de nuevo una ocasión para el recuerdo del 11 de febrero. De todas formas, parece haber sido más bien eso, una ocasión para el recuerdo ya histórico, y no la conmemoración activa, con significado político, en centros y sociedades. Un ejemplo de ello puede ser el de *La Calle. Revista gráfica de izquierdas*, aparecida justamente, y no por casualidad, el 11 de febrero de 1931 en Barcelona. La primera referencia gráfica a 1873 se encontraba en la página 10. Más adelante, en las páginas 14 a 18, Francisco Caravaca intentaba una explicación histórica. De hecho, como rezaba el subtítulo, hablaba sobre «Las tres monarquías: Castelar y el sentido histórico de la República». Algo parecido había ocurrido en 1930, ya sin Primo de Rivera. *El Noticiero Universal*, el 7 de febrero, sacó un complemento ilustrado, con la caricatura de Castelar en la portada, y un extenso reportaje sobre «Cómo nació y cómo murió la República española, 11 de febrero de 1873-3 de enero de 1874». Aquella República, ahora sí, quedaba ya muy lejos y no servía para el debate político. Además, la inestabilidad crónica y forzada gubernativamente del movimiento republicano había convertido su ritual en algo extraño y obsoleto. Como decía un número conmemorativo de *La Campana de Gracia*, el 13 de febrero de 1932, ya en plena Segunda República:

*«La commemoració d'un fet històric comporta necessàriament, a més del significat ideològic, l'evocació d'episodis i d'anecdotes sentimentals i pintoresques. Hi caben la crítica, el comentari, els planys melangiosos o els averanys més o menys esperançadors. Això havia passat fins ara en rememorar la proclamació i vida efímera de la Primera República Espanyola. Enguany ens trobem plenament en una nova República, i aquesta circumstància dona més relleu, amb emocionant actualitat, al record protocol·lari, quasi ritual dels altres anys. La República del 73 deixa d'ésser, per nosaltres, l'estampa violada que s'esblaimava en la boira del temps...»*<sup>32</sup>.

<sup>32</sup> Una traducción castellana podría ser: «La conmemoración de un hecho histórico comporta necesariamente, además del significado ideológico, la evocación de episodios y anécdotas sentimentales y pintorescas. Caben la crítica, el comentario, los lamentos melancólicos o los agüeros (?) más o menos esperanzadores. Esto había pasado hasta ahora al rememorar la proclamación y vida efímera de la Primera República Española. Este año nos encontramos de lleno en una nueva República, y esta circunstancia da mayor relieve, con emocionante actualidad, al recuerdo protocolario, casi ritual, de los otros años. La República del 73 deja de ser, para nosotros, la estampa multicolor que palidecía en la niebla del tiempo...».